

RESUMEN COMPLETO

Son las diez de la noche. Es pleno playoff de la NBA y una estrella ha desaparecido del hotel de su equipo. Nadie sabe dónde está. Ni su entrenador, ni la prensa, ni su familia.

Ha cruzado medio país en un avión privado para escuchar dos palabras: “No pienses”.

Eso es Implacable. Y hoy vamos a ver qué hay detrás. Porque hay una pregunta que quiero dejarte en la cabeza hasta el final: ¿se puede ser feliz siendo así? ¿O la felicidad es justo lo que estas personas sacrifican?

No te vayas, que la respuesta de Grover no es la que esperas.

Implacable no va de motivación. Grover lo dice en la primera página: si lees esto, ya estás motivado. Lo que te falta es pasar a la acción.

Su tesis cabe en una frase: todo lo que necesitas para ser grande ya está dentro de ti, y lo que te frena es el ruido. Las opiniones ajenas, el miedo, las reglas que te metieron en la cabeza desde pequeño.

El libro no te promete cambiarte. Te dice que la gente no cambia. Te pide que confíes en quien ya eres y que dejes de disfrazarlo.

Tim Grover nació en Londres. Con cuatro años llegó a Chicago con sus padres, que venían de la India. Su madre, enfermera, se había adelantado un año para ahorrar. Y el día que por fin se reunieron, su padre tuvo que parar el taxi a unos kilómetros del destino porque no le llegaba el dinero. Tocó caminar con las maletas. Él lo vendió como una aventura.

Ese padre trabajaba en el sótano de un hospital desmontando cadáveres. Cuando Tim tenía seis años le puso una sierra de huesos en la mano. La lección: así se mantiene una familia. Y de ahí sacó su primera norma de vida: te las apañas.

De joven quiso ser jugador de baloncesto, pero se rompió el ligamento cruzado y la rehabilitación salió fatal. Un día, en un torneo, un chaval que no conocía le soltó: “Me acuerdo de cuando eras bueno”. Esa frase lo despertó. Se hizo entrenador, y en 1989 se coló en la vida de Michael Jordan. Jordan le dio treinta días. Se quedó quince años. Después vinieron Kobe Bryant y Dwyane Wade, entre muchos otros.

El Limpiador, y por qué se ensucia

Grover divide el mundo en tres tipos. El Cooler espera instrucciones y evita el último tiro. El Closer cumple si lo preparas bien y le dices qué hacer. Y el Cleaner, el

limpiador, es el que llama todo el mundo cuando falla lo demás. Como el conserje de noche que tiene las llaves de todas las puertas y sabe todos los secretos del edificio.

Los resume así: bueno, grande, imparable. Y avisa de que no es talento. Es una necesidad casi adictiva de ganar, que nunca queda satisfecha.

Capítulo 1. Sigues empujando cuando todos ya han tenido bastante

Su método tiene tres reglas: aparece, trabaja duro, escucha. Nada más.

Aquí Grover es seco. Dice que tu fuerza sale del cuello para arriba, no del cuello para abajo. Que hay que hacer cada día algo que no te apetece. Y que si has de elegir entre sufrir en el gimnasio o sufrir por estar enfermo y sobrepeso, ya estás sufriendo igualmente, así que elige el sufrimiento que te lleva a algún sitio. Nada de atajos, nada de entrenamientos de cinco minutos.

Capítulo 2. Entras en la Zona

La Zona es ese lugar callado donde dejas de pensar. Sin emoción, solo foco. Grover insiste: las emociones te debilitan. El miedo te frena, la rabia te descontrola, los celos te distraen.

La única excepción es la ira controlada, esa que arde despacio y la conviertes en resultado. Michael Jordan, en Vancouver, ante un rival que le provocó, se limitó a decir “deja dormir al perro” y se fue a anotar diecinueve puntos en un cuarto.

Capítulo 3. Sabes exactamente quién eres

Aquí está la idea más discutible del libro: nacemos malos y nos enseñan a ser buenos. O dicho de otra forma, nacemos implacables y nos enseñan a rendirnos. Mira a un bebé: llora hasta que consigue lo que necesita, sin analizar nada.

Grover habla del león en el zoo. Sigue siendo león, pero se tumba. Casi todos vivimos así, enjaulados por consejos y miedos. Y la solución, dice, es dejar de pensar tanto y fiarte de tu instinto, que es lo que de verdad has aprendido tú.

Capítulo 4. Tienes un lado oscuro que no se deja domesticar

Todos lo tenemos, asegura. Lo que no contamos a nadie. Y no tiene por qué ser malo ni criminal. Es la parte que te empuja y te sirve de válvula de escape.

Pero ojo con lo que añade: el limpiador controla su lado oscuro, no al revés. Bebes porque quieres, no porque lo necesites. Y pone el ejemplo de Tiger Woods, cuyo lado oscuro salió a la luz y, según él, se fue apagando su energía. Esto es lo más polémico del libro, y conviene leerlo con ojo crítico.

Capítulo 5. La presión no te intimida, la buscas

Para Grover no existe el “gen clutch”, eso de rendir en el último minuto. Si solo apareces cuando todo está en juego, ¿dónde estabas el resto del tiempo? Lo implacable es rendir todos los minutos.

Por eso dice que el estrés bien dirigido es lo que te hace vivir, y que hay que correr hacia él. La presión puede reventar tuberías, pero también hace diamantes.

Capítulo 6. Cuando todos pulsan el botón de emergencia, te buscan a ti

El limpiador llega el último, cuando nadie más ha podido. Y no sigue un plan rígido: quiere tener todas las opciones abiertas. Prepara treinta variantes antes de entrar al edificio, así que, cuando la puerta está cerrada, no se bloquea.

Y mira esto: dice que la señal de un limpiador es poder decir, sin excusas, “la he liado”. Una frase, sin explicación. Admitir el error es la manera más rápida de quitarte presión, porque ya solo te queda arreglarlo.

Capítulo 7. No compites con nadie, buscas la debilidad y atacas

“Sube a mi nivel o apártate.” Eso hacía Jordan con sus compañeros, a veces de forma durísima. Volcó una camilla con un jugador encima porque no estaba en el entrenamiento. Grover reconoce que Jordan no sabía tratar con delicadeza a nadie.

Pero también dice algo importante: el líder que se frustra con los suyos los hunde, y a veces hay que dar una palmada en la espalda. Y que hay que poner a cada persona donde puede brillar, no donde tú quieres que brille.

Capítulo 8. Tomas decisiones, no sugerencias

Tres cosas que Grover no soporta: la “motivación interior”, la “pasión” y el debate de si el vaso está medio lleno o medio vacío. Según él, todo eso significa “lo pensé y no hice nada”. El vaso tiene algo o no lo tiene. Si te gusta, añade más. Si no, vacíalo.

Su consejo: decide, y luego actúa. Haz una sola cosa mejor que nadie. Kobe lo dice así: “yo reparto números”. Y recuerda que la decisión que no tomas el lunes te estará esperando el martes, con dos hermanas más.

Capítulo 9. No tienes que amar el trabajo, pero sí vivir enganchado al resultado

Lo he dicho con palabras más porque Grover lo plantea sin romanticismo: no hace falta que te encante el proceso. Basta con que desees tanto el resultado que el trabajo te dé igual.

Aquí rompe con eso de “haz lo que amas y no trabajarás ni un día”. Y cuenta cómo Kobe, el día del draft, se fue a entrenar mientras los demás celebraban. También

avisa del peligro de recibir un regalo, sea talento, dinero o contrato, y pensar que ya estás. Ahí es cuando te detienes tú solo.

Capítulo 10. Prefieres que te teman a que te quieran

Para Grover, “caer bien” es lo mínimo, es ser simpático y nada más. Lo que busca es respeto, y que te teman un poco por lo que podrías hacer. Jordan entraba en el vestuario rival antes de ciertos partidos, saludaba un minuto y se iba. Con eso les metía en la cabeza toda la noche.

Pero no confundas esto con ser un cretino. Dice que no hay que ir por ahí dejando huellas, y que ser respetado exige hacerlo todo con clase, hasta la forma de vestir.

Capítulo 11. Confías en muy poca gente, y esa gente no puede fallarte

Aquí Grover habla de la soledad del que está arriba. Rodeado de gente que le dice a todo que sí, nadie le da un consejo honesto. Define a esos aduladores con un chiste bastante gráfico que prefiero no repetir en voz alta.

Su papel con sus jugadores es distinto: decir la verdad aunque duela, en una frase, sin adornos. Y exige lo mismo de vuelta. Ellos se lo agradecen porque nadie más se atreve.

Capítulo 12. No reconoces el fracaso

Tras caer con Orlando en 1995, Jordan cambió el dorsal 45 por el 23 y ganó tres anillos más. Grover cuenta su propio caso: cuando abrió su gran centro de entrenamiento y la gente habló de fracaso, él respondió que Attack Athletics es él, no un edificio.

Y deja una idea clara: fracasar es decidir que has fracasado. Mientras tanto, cambias de camino. También sabe cuándo parar: dice que un limpiador sabe retirarse a tiempo y por dónde.

Capítulo 13. No celebras porque siempre quieres más

Cuando ganan, el limpiador es el que se queda aparte, mirando la fiesta. Cinco minutos de euforia, veinticuatro horas de calma, y vuelta al trabajo. Si ganaste en seis partidos, te molesta no haber ganado en cinco.

Grover lo llama una adicción, y no esconde su precio: soledad y cierta melancolía tras la victoria.

Y llegamos a la pregunta del principio. ¿Se puede ser feliz así?

Grover no promete felicidad. Es más, dice que quien lo vive así nunca está del todo satisfecho. Pero hay un detalle casi al final que me parece lo más humano del libro:

habla de su hija Pilar. Dice que con ella se le caen todas sus reglas y que es su razón para volver de ese lado oscuro hacia la luz.

Y esa es la lectura que me llevo yo. El libro no te pide que seas implacable en todo. De hecho lo dice: no puedes ser el mejor en tu trabajo, en tus relaciones y en todo lo demás a la vez. Elige dónde quieres ser implacable y acepta lo que cuesta.